

Una admirable
escritora chilena



O.C. Tordesillas
Nueva Edición. PAISAJE
LUCÍA DEL CAMPO
y su libro «Alma Mística»

8-35

Nuevo mundo 18-VIII-22
no 1491
UN COMENTARIO

DE MIGUEL

DE UNAMUNO

“De Tordesillas
á Yuste”

Los historiadores tudescos suelen tratar de lo que Carlos de Habsburgo, I de España y V de Alemania, el César flamencoborgoñón, hubiese tenido de germano. Y se lo escatiman. Más, mucho más—dicen—de español. Lo cierto es que no llegó á hablar como cosa propia, de entraña, el alemán; su lengua natural parece que fué el francés walón. En España, aquí, paró poco y lo más en su vejez gotosa. Mas aquí, en su tierra materna, la de *La Loca* su madre, quiso morir. Aquí vino á olvidar el ensueño de su bisabuelo tudesco Federico III, el del lema AEIOU: *Austria est imperium orbis universi*.

Vino á enterrarlo, á enrocarlo más bien, en Yuste, en ese rocoso cuenco serrano, perfumado de jara y de tomillo bravíos, donde la bóveda celeste se apoya en torinos y por una escotadura se columbra la llanada extremeña. ¡Morirse en aquella armadura de granito, ropasando sus luchas con los luteranos, el desquite en los moriscos, la retriega con los comuneros, el saco de Roma, y luego los brazos rollizos de Bárbara, cuyo hijo, el futuro vencedor de Lepanto, aguardaba allí cerca, en Cuacos, la misteriosa y furtiva caricia imperial! ¡El *plus ultra* se le convirtió allí, al pie de Gredos, donde las aguas corren al Tietar, nido de tercianas, en un *plus sursum*!

Retiróse á Yuste en 1556. El año anterior había muerto en Tordesillas su madre, D.^a Juana, *la Loca*, la viuda siempre, la que sobrevivió para arrogostarse en rumiarse, de ojos enjutos, la soñada hermosura de su difunto varón. La cuita de su entrañada viudez le cocía el corazón y le anublaba el seso. En torno de ella habíanse una vez agrupado los comuneros, hijos de Castilla, que de Tordesillas hicieron un corte algún tiempo. Y en algún albor de mañana verían al sol de Castilla brotar del Duero que los traía en silencio resbaladizo recuerdos de Numancia rebozados en recuerdos del Cid. *La Loca* y las Comunidades guardaban una vena pareja, pues que para Castilla fué Carlos lo que su padre, Felipe, había sido para D.^a Juana: el marido infiel.



La admirable escritora chilena Lucía del Campo, que se halla entre nosotros, y acaba de publicar una novela titulada «Alma Mística», libro acerca del que han escrito Jacinto Benavente y Eduardo Marquina juicios entusiastas, de los que entresacamos los párrafos siguientes:

La inutilidad de que las mujeres escriban está en que, para ver un libro escrito por una mujer, es ver libro femenino.

Pero, decir: ¿Es que el literato genial—la literata en particular—tienen sexo? La respuesta es difícil. Después de los modernos estudios fisiológicos, la diferencia del sexo es arduo problema. La masculinidad y la femineidad—cerebralmente—son á veces menos y á veces más; y en todo es siempre lo que parece y en todo parece lo que es realidad.

Es esta excelsa «Alma Mística» de una mujer hermosísima. Y nos interesa como una mujer genial, pues descifrar esta obra es desnudar un alma. Ella nos proporciona una impresión poderosa, nos demuestra que es toda verdadera emoción, sólo apasionada se muestra, y desgarrar el sentimiento lírico en los arranques sinceros y nobles de su alto espíritu. Es este libro, en fin, de esos que están «sobre la literatura». No hallo mejor elogio para esta «Alma Mística» de una bella mujer, y es como ella misma...

Jacinto Benavente

«Alma Mística»—tan intensa de perfume, color y sustancia, en algunas páginas, como un paisaje tropical—se da, en ocasiones, un aire de familia á ciertos poemas de Lamartine que leísteis en vuestra juventud. Jocelyn sonríe, bueno, á través de ciertas estilaciones torturadas; Fior d'Aliza, sin saber por qué no os parece un nombre tan remoto, como en realidad lo está, de Arabella.

Eduardo Marquina

Desde las ventanas de aquel convento-palacio que fué de D.^a María de Padilla, la amiga de D. Pedro el Cruel—¡otro loco!—, apacentaría la siempre viuda su vista en aquella visión de austera serenidad campestre bañada en cielo derretido. Desde el corvo filo con que la tierra corta al cielo, donde parece alzarse en hondo huelgo el campo, cuelga el padre Duero—como la plateada barba vellida del Cid en el pecho, ya muerto, del Campeador—cadáver á caballo—sobre la llanura toda ella cumbre. El río se acuesta en el pardo lecho téreo, y en su visión acostaría *la Loca* su amor tñebre, su gana de muerte inmortal brizándola con recuerdos de lunas de miel en la verde opulenta grasura de Flandes; ¡Aquellas bodas con extranjeros! ¡La de su hermana Catalina con Enrique VIII de Inglaterra! ¡Don Juanes del Renacimiento engatusando á las conventuales princesas españolas! Y bajo el rico artesonado del palacio convento soñaría *la Loca* los abrazos pecaminosos de D. Pedro y D.^a María, la *señora* para las pobres Francis cas de su fundación.

Allí, á la mano, Tordesillas, en su otero, sobre el arribe, apelmazada villa hecha de terrones, ruina desde nacimiento, y en rolde los dos campos el celeste, azul ó pardo á veces, y en terrestre, á veces verde ó pardo. El lo que nos queda, enseñan, de un lago prehistórico, de que el Duero sería como cahorro tardío. Y como á Alarico bajo el lecho del Busento debió habérsele enterrado á D.^a Juana bajo el lecho del Duero, su bizma. El caudal del río, tantas veces rojizo de la turbia, resbalaría sobre el corazón, vuelta tierra, de la viuda, reloj de agua de los siglos. La locura de D.^a Juana, locura católica y española, no fué la que en comió en latín Erasmo. No era renacimiento, era remuete lo que soñaba la reina de los comuneros de Tordesillas.

Tordesillas, la locura llanera y castiza, esclarece á Yuste, la locura serrana y mestiza, y ambas esclarecen á Escorial, la locura cavernaria. Que el Monasterio de San Lorenzo, la parrilla de granito, es vasta caverna fraguada por mano de hombres sumisos y á compás, escuadra y plomada, caverna escolástica y dinástica á corte y regla. Todo ello alumbra el hado aciago de los Habsburgo de España, con su ven de replegada y triste locura castellana.

Así se nos funden en una visión, á lo que hemos apacentado la vista en ellos, Tordesillas, Yuste y el Escorial.

Ahora las graves y recogidas encinas del Pardo, donde al caer la hoja de 1835 se desprendió de la vida el descuidado ensueño de Alfonso, cuatro veces Borbón, albergan al último retoño imperial de los Habsburgo. España, siempre, como D.^a Juana *la Loca*, viuda, mientras los ríos le lava de tierra y de recuerdos el pecho.